El olvido

Noah Lloil

Capítulo 1

—Las piedras se mueven.

La voz alarmada del niño hizo que Anchela abriera los ojos. Se levantó agarrotada por la acumulación de piedras y arena que le habían servido de cama esa noche. Lo hizo tan rápido que notó una fuerte punzada en la cadera, llevándose por reflejo la mano con una mueca de hastío. A pesar de tener sólo diez años más que Daniel, sentía que hacía mucho que su cuerpo no estaba para aguantar esa clase de aventuras. No había podido pegar ojo en toda la noche. O no se lo había permitido. Tal vez fuese por los nervios, la adrenalina o simplemente por la responsabilidad de proteger a su hermano pequeño. Fuera como fuere, las ojeras dibujadas en sus ojos delataban que la falta de sueño comenzaba a pasarle factura.

—Las piedras se mueven —repitió Daniel con inquietud.

En la postura rígida de su hermano, Anchela pudo vislumbrar las pesadillas que lo acechaban. El terror de ser atrapado por un monstruo mucho más terrorífico que los que se hallaban en el armario lo habían convertido en un vestigio de la muerte. El vacío de su mirada, clavada más allá de la espalda de Anchela, delataba ser sólo una sombra de alguien que se había ido hacía mucho tiempo. Se culpaba a ella misma por no haber notado antes como el egoísmo había borrado el sincero cariño en su familia. Pero ya era muy tarde. Sólo podía huir y, tal vez, rogar que todos lo olvidasen. Ella misma quería olvidar.

Al ver en el cuello de su hermano el frenético latido del miedo, Anchela se volteó todo lo rápido que su agarrotado cuerpo le permitió. El páramo desértico parecía ser un paisaje calmado, idóneo para inducirse a la meditación y la pureza espiritual sin más distracción que los pequeños animales o insectos que lograban sobrevivir con la escasa vegetación. Eso era para los turistas que visitaban los Monegros deseosos de poder sentir de primera mano lo que era un desierto, sabiendo que eso sería lo más cerca que estarían de uno. Ignoraban que entre los pequeños y escasos arbustos y las escarpadas rocas, podría encontrarse la soga que rasgaría la vida de los jóvenes furtivos.

Anchela entrecerró un poco más los ojos para enfocar la vista. Palideció cuando en la lejanía, casi escondida en un tumulto, pudo ver una pequeña roca girar suavemente sobre sí misma. Su respiración comenzó a agitarse al comprender que habían cometido el error de quedarse dormidos demasiado tiempo. Para muchos, aquella roca tan sólo se había movido por la erosión del terreno o por las suaves ráfagas de viento que levantaban la arena en el aire formando pequeñas espirales. Pero Anchela

sabía que aquel movimiento presagiaba la llegada de su fin.

Olvidando su dolor muscular se puso de pie casi de un salto y tomó a su hermano de la mano. Al ver que el terror lo había paralizado, lo zarandeó con las dos manos y lo miró fieramente a los ojos.

—Tenemos que irnos, ahora —ordenó enfatizando con dureza la última palabra.

Daniel focalizó la mirada en su hermana. Sus ojos rojizos eran incapaces de comprender cómo habían llegado a esa situación.

—Se acerca —sentenció quejumbroso, casi como si esperase que Anchela lo desmintiese.

—Sí.

La respuesta clara de su hermana lo heló.

Sabiendo que no había tiempo para atender el lamentable estado de su hermano, lo tomó de la mano y comenzaron a moverse ágilmente entre las llanuras desérticas. A cada paso el polvo se levantaba con ligereza tras sus pies.

En el camino, Anchela se volteó varias veces acongojada. Si no fuera porque sus ojos lo atestiguaban, juraría que no estaba sosteniendo la mano de su hermano; la tomaba con tanta ligereza que casi dudaba de que él estuviese allí. Sintió una punzada dolorosa en el pecho y se apartó rápidamente de esos pensamientos, como quien aparta la mano del fuego para no quemarse.

—Nunca me gustó —dijo Daniel con dificultad por el cansancio. Lo había dicho en apenas un susurro, balbuceando las palabras con duda, por temor a enfadar u ofender a su hermana.

—¿Qué? —preguntó entre los jadeos a causa de la rápida caminata.

Daniel no se atrevió a repetirlo. Anchela sabía bien porqué su hermano no lo hacía. Desde muy temprana edad, él había demostrado una incipiente inclinación a lo que era bueno. El mayor anhelo de Daniel era saber que todas las personas que lo rodeaban eran felices, y si él podía participar en esa felicidad, dicha alegría se hacía doble. Eso a veces a ella la había irritado. Entre su círculo de familiares y amigos, su hermano se había convertido en el mayor reconocimiento de la bondad y la perfección. Y Anchela, oscurecida por la gran sombra de su hermano pequeño, era acusada de una ferviente y enfermiza envidia. Era culpa de su buen corazón que se encontraran al borde de la muerte en esos momentos. No era de extrañar que sus padres hubiesen nombrado a su hermano

heredero de todos los bienes y fortuna a su muerte. Muerte que no se hizo mucho de esperar.

Y aun así, ella amaba a Daniel.

Esa era la bondad que ahora los iba a matar. Era la misma bondad que impedía a su hermano repetir las palabras que sabía que herirían el corazón de Anchela.

Pero ella amaba a Daniel, ¿verdad?

Anchela se detuvo y soltó la mano de su hermano bruscamente.

—Repítelo —ordenó.

Daniel dio un paso hacia atrás atemorizado por la frialdad que despedían los ojos de Anchela. Sus manos, que habían soportado indemnes el terror de una muerte próxima, comenzaron a temblar ante la extraña calma de su hermana.

Anchela dio un paso firme en dirección a Daniel, quien respondió llevándose las manos a la cara y cerrando fuertemente los ojos.

—He dicho que lo repitas —exigió.

—Lo siento —balbuceó—. No volveré a decirlo.

—Si hubieses sido más amable con él no estaríamos en esta situación —dijo dando media vuelta y emprendiendo de nuevo el largo camino. Casi pudo escuchar a su hermano decir en voz baja una vez más: “lo siento”.

Anchela resistió la tentación de llevarse la mano al pecho cuando pensó en Chabier. Sintió como un sabor amargo invadía su boca a pensar que nunca más volvería a probar el sabor de sus carnosos labios, ni a rozar con sus manos todo su cuerpo, fundiéndose en una explosión de lujuria. Cuando se conocieron, era incapaz de saber si la atracción que había comenzado a sentir hacia él se debía a la juventud, al amor o a un fuerte deseo de rebelión, casi venganza, hacia sus padres. Era la ambición en sus ojos, la agilidad y gracia de sus palabras, lo que hizo que se ganara un hueco en el corazón de la joven Anchela y del resto de los amigos de sus padres. Solían decir de él, casi siempre con una copa en la mano y risas entre los dientes, que era un rico atrapado en el cuerpo de un pobre. Todos los que conocían a Chabier sabían que su fortaleza de carácter lo haría ganar un puesto entre los grandes, aunque tuviese que recurrir a las más sucias de las maquinaciones. Eso era lo que había confirmado el amor de Anchela, saber que ese hombre que tanto deseaba estaba dispuesto a

aplastar a cualquiera, incluido a su hermano.

Pero había cometido el error de creer que su amado podía actuar lo suficiente como para ganarse el corazón de sus padres. Ellos solo veían en Chabier la ambición de aglomerar una fortuna fácil. Una vez más, ante la comparativa de su hermano más pequeño, quien nunca los había defraudado, tomaron la decisión de desheredarla. A ella eso no le importó, al menos en aquel entonces. El abrazo de su esposo había sido mucho más cálido que las sábanas de cuatrocientos hilos de algodón egipcio. En el primer año, sus besos eran más placenteros que el caviar Almas que la hacía disfrutar con los matices de nueces y crema en su exquisito paladar. Y aún al segundo año, Anchela sentía que la sonrisa de Chabier era mucho más tentadora que la admirada sonrisa de la Mona Lisa. Eso sintió durante muchos años. Hasta que un día se levantó en su apartamento y comenzó a sentir que encogía. Que las alacenas estaban torcidas y las paredes manchadas por el moho. Siempre había tenido una actitud caprichosa y sabía que eso era lo que tanto había enloquecido a su esposo. Así como en un pasado había deseado a Chabier porque sus padres se oponían a su noviazgo, ahora ambos anhelaban aquello que no tenían: el lujo.

Cuando fallecieron sus padres por culpa de una intoxicación, por supuesto, un accidente por el que pagó el cocinero de la familia, vieron la oportunidad de recuperar lo que les habían arrebatado cuidando a su hermano. Pero sus padres se habían encargado de envenenar la mente de Daniel. Y fue a partir de ahí cuando comenzó a ver como su hermano se convertía en un obstáculo para Chabier. Si tan sólo su hermano le hubiese dado una oportunidad, él no habría perdido la cordura y ellos no estarían en peligro.

Y aun así, ella seguía teniéndole cariño a Daniel.

Notó como una gota de sudor recorría su rostro y la limpió con la manga de la camisa de seda. Atrás, podía escuchar como su hermano jadeaba ante el fuerte cansancio. Sabía que no aguantaría mucho más. Llevaban horas caminando. Caminar era la única forma de escapar de Chabier. No podían parar, ellos no pararían.

Anchela se giró asustada al escuchar un fuerte estruendo contra el suelo. Daniel se había tropezado por el agotamiento. Corrió hasta él angustiada, no podían detenerse ahora. Los seguían. Hacía un par de horas que había notado como las rocas comenzaban a moverse con más intensidad, y podía notar en la nuca la punzada de unos ojos observándolos de cerca.

—Vamos, Daniel, ¡despierta! —gritó con la desesperación cayendo de sus ojos.

Intentó que abriera los ojos en vano. Volvió a sentir la punzada en su nuca y miró a su alrededor, todavía no habían llegado al precipicio,

todavía no podían alcanzarlos. Sin pensarlo, tomó a su hermano con tanta ligereza que casi se asustó. Antes de emprender la marcha, Anchela dedicó un segundo a observar el rostro deshidratado de Daniel. Por si era la última vez que conseguía verlo, se aseguró de memorizar cada detalle de él. Su cabello lacio y negro, sus ojos que, aún cerrados, recordaba como imitaban el mar, el lunar de su nariz… Una lágrima resbaló por su mejilla. Algo en ella le decía a gritos cómo acabaría aquella historia. Ella no podría salvarlo, Chabier alcanzaría su objetivo, y con ello no estaría satisfecho, y ella se odiaría cada minuto de su vida por haber permitido que el cariño desapareciera en su familia.

—Anchela, debes volver — dijo una voz ronca.

Levantó la vista sobresaltada y se encontró a un hombre con un aspecto poco amenazador. Tenía una barriga prominente, resultado de un trabajo sedentario. Su espeso bigote jaspeado le hacía tener un aspecto bastante cómico completado por una incipiente calva y mejillas sonrosadas. Estaba claro que no era una amenaza. Aún si echara a correr con Daniel en brazos y con el agotamiento producido por la fuga, el hombre sería incapaz de atraparla. Pero ella sabía que ese no era el problema. A pesar de que el hombre tenía las axilas completamente secas, su frente parecía una cascada, estaba nervioso. Anchela no pudo evitar fijarse en como el hombre movía los ojos saltando de ella al lateral de una montaña próxima.

Fue en ese momento cuando ella comenzó a sentir de nuevo el nerviosismo en su pecho. Él estaba ahí, observando.

—No —respondió ella agarrando fuertemente a su hermano.

El hombre levantó las manos intentando calmarla.

—No soy tu enemigo, intento ayudarte —dijo tiritando.

Anchela hizo una mueca jocosa.

—Estás con ellos —respondió con recelo—. Queréis hacerle daño.

El hombre comprendió que estaba a punto de perder a Anchela, un movimiento en falso y se escaparía corriendo. Había trabajado mucho para encontrarla, y tenía que traerla de vuelta. Si no lo lograba, le habían hecho entender que prescindirían de sus servicios. Y ese no era el mayor de sus problemas, el tío de Anchela había dejado claro que emprendería acciones legales si su sobrina no era encontrada sana y salva.

—Estás buscando a alguien, ¿verdad? —dijo el hombre entre balbuceos.

Esperaba que Anchela no notase su miedo.

—Si —susurró con un destello en la mirada.

Anchela no recordaba el nombre de la persona con la que se había citado en el acantilado, pero sabía que era la única esperanza que les quedaba. Cuando se encontrase con él, estarían a salvo, nadie les haría daño, volverían a sus vidas.

Anchela comenzó a reír con demencia, escondiendo el rostro en el pecho de su hermano. Las lágrimas brotaron de sus ojos cuando la fragancia de Daniel la embriagó. Olía a lirios, sueños y musgo. Levantó la vista mientras las carcajadas le impedían respirar con normalidad, acariciaba el cabello de su hermano con las lágrimas que resbalaban hasta sus mejillas, untándolas por su rostro para intentar limpiar el polvo y la suciedad que se habían adherido a él, casi como si Daniel fuese a fundirse con la tierra en cualquier momento. Se sentía aliviada. Debía acicalar a su hermano para que estuviese presentable al volver a casa. Tenía que frotar, con fuerza, con más fuerza. Había demasiada suciedad… No era capaz de limpiarla.

—Anchela… ¿Qué haces? —dijo el hombre con condescendencia. Estaba acostumbrado a tratar con ella y sus abruptos cambios de humor.

Levantó la cabeza con violencia. Sus ojos, atentos, se clavaban con desconfianza en el hombre que decía que la estaba esperando. No, no había dicho que fuera él, sólo que ella estaba buscando a alguien. Pero ese tono, esa voz, ya la había escuchado antes. La había escuchado cuando estaba encerrada, privada de la libertad, privada de conciencia y el mundo real. Por culpa de Chabier.

—No tienes que asustarte, soy tu amigo. Nadie va a volver a hacerle daño. Todo ha terminado —dijo pausando exageradamente cada palabra.

En el momento en el que el hombre dio un paso en su dirección, Anchela comprendió que tan sólo era un vil engaño de Chabier.

Comenzó a correr sin mirar atrás. Pudo escuchar como detrás el hombre alzaba la voz gritando a alguien más que parara, que le dieran una última oportunidad. Ya sabía que no estaba sólo, esa fue sólo una confirmación.

Anchela continuó corriendo sin parar, corría con tanto ahínco que durante un segundo olvidó que llevaba a Daniel en brazos.

Cuando vislumbró en el horizonte el precipicio que tanto había perseguido, una extraña sensación de euforia la invadió. Era extraña por la culpabilidad que sentía al verlo. Sabía que cuando alcanzase el precipicio

habrían logrado su objetivo, podrían escapar. Serían libres.

—Las piedras se mueven —balbuceó Daniel casi inconsciente.

Anchela lo besó tiernamente en la frente, ignorando sus palabras.

—No tengas miedo —dijo aliviada—, casi ha terminado.

A medida que se acercaban, a Anchela comenzó a inquietarle un interrogante que se hacía más fuerte a cada paso que daba. ¿Quién era la persona con la que se había citado en ese páramo desolado? Sabía que fuera quien fuere sería quien los sacaría de la miseria y les daría la vida que tanto ansiaba.

Al llegar al precipicio, posó con cuidado a su hermano en el suelo. Pasó la mano por su frente y se alarmó ante la alta temperatura. Rogó para que el desconocido no se hiciese esperar y llegase a tiempo para salvar la vida de Daniel. Necesitaba agua y hielo, comenzaba a alarmarse ante la idea de que hubiese sufrido un golpe de calor.

—Al fin has llegado —dijo una voz firme a sus espaldas.

No necesitó darse la vuelta para reconocer al hombre que la había hecho estremecerse cientos de veces con una voz tan profunda. Durante un momento se olvidó de Daniel y recordó cuantas veces Chabier le había susurrado al oído que la amaba y deseaba convertirla en una reina. Escuchó sus pasos acercándose. Su cabeza le decía que debía correr, alejarse de aquel monstruo que aterrorizaba a su hermano; pero su corazón, su deseo, le rogaban que permitiese que la abrazase al menos una última vez.

Notó como se le erizaba la piel cuando su esposo rozó su mano subiendo delicadamente por su antebrazo. Rodeó con su otro brazo la cintura de Anchela provocando que se le escapase un suspiro.

—Temía que decidieras no venir —dijo besándole repetidamente el cuello.

Tuvo que esforzarse para escuchar las palabras de Chabier. ¿A qué se refería?

—Te noto tensa —dijo abrazándola con más fuerza—. No tienes de qué preocuparte, cuando acabemos con Daniel nunca más volverás a estar tensa.

Anchela empujó a Chabier y lo miró horrorizada.

—¿Qué ocurre? —preguntó confundido.

Ella notó como las manos comenzaban a temblarle. Casi fue capaz de impedir que el vómito manchase sus propios zapatos cuando devolvió repetidas veces. Se pasó el dorso de la mano por la boca y se irguió con dificultad. Chabier compuso una mueca de desagrado.

—Hace un par de días la idea no te afectaba tanto —bromeó.

—No permitiré que le hagas daño.

Chabier enarcó una ceja confundido.

—¿Hacerle daño? Yo nunca quise hacerle daño —su voz se endureció—. Fuiste tú la que me convenció de que era la única forma de vivir como merecíamos.

Anchela dio un paso atrás incrédula.

—Yo jamás le haría daño —dijo convencida.

Las carcajadas burlonas de Chabier se le clavaron en el orgullo.

—Un poco tarde, ¿no? —dijo desviando la mirada hacia Daniel y sonriendo.— Como tú misma me dijiste, las piedras se mueven.

Con esa frase, Anchela se giró lentamente aterrorizada. Un grito ahogado se escapó de entre sus labios cuando vio el cráneo hundido de Daniel. Sus ojos, que antes estaban cerrados, ahora la miraban inertes con un azul que componiéndose con el amarillo de la arena desértica y el intenso rojo que emanaba de su herida, casi parecía un cuadro de Piet Mondrian.

En ese momento se sintió desvanecer. Ante la imagen, su mente decidió desconectar todos sus pensamientos mientras su cuerpo, aún de pie, esperaba congelado alguna reacción.

—Lo hiciste bien —dijo Chabier orgulloso.

Anchela sintió el peso en sus manos y bajó la mirada con lentitud. No consiguió componer ninguna reacción cuando vio que era ella la que sujetaba la piedra manchada con la sangre de su hermano, solo se dedicó a observar como la piedra caía en el charco formado al lado del cadáver de Daniel y como quedaba todo salpicado por la sangre. Tampoco consiguió componer ninguna reacción cuando empujó a Chabier por el precipicio. Sólo se sentó en el borde observando el cuerpo inerte del hombre que tanto había amado. Al menos ahora no sentía nada.

—Anchela —dijo una voz temblorosa.

Ella no se giró, seguía observando la silueta que la había enamorado.

—Sé que es un día difícil para ti —dijo el hombre de mejillas sonrosadas mientras jugueteaba nervioso con las manos—, pero ya hace más de veinte años que ocurrió todo. Nadie volverá a hacerle daño nunca más.

Anchela miró al hombre. En ese momento, Chabier no estaba en el fondo del precipicio, ni Daniel tenía el cráneo hundido. En ese preciso instante, sólo estaban ella y el hombre de mejillas sonrosadas.

El vacío de la mirada de Anchela, al que ya estaba acostumbrado, le dieron el suficiente valor como para acercarse con precaución a la paciente.

—Sólo queremos ayudarte —siguió diciendo con la voz temblorosa y las gotas de sudor recorriendo su rostro—. Vuelve al hospital y haremos que lo olvides todo. Tu tío está preocupado por ti.

Cuando llegó a su lado, el médico posó la mano sobre su hombro. La promesa tentadora de poder olvidar envolvió a Anchela en una extraña sensación de paz. Aferrándose a esa sensación, Anchela tomó rápidamente la mano del hombre de mejillas sonrosadas y se precipitó al vacío. Comenzó a caer sonriente, acompañada de los alaridos frenéticos de un hombre que no le dio tiempo a concebir la idea de su muerte.

Él se llamaba Domingo.

Así como Chabier y Anchela sólo se precupaban por el dinero, Domingo sólo se preocupaba por su puesto.

Ahora, ninguno tenía motivos para preocuparse.